

## LUNES DE LA TERCERA SEMANA.

### SOBRE EL CORTO NUMERO DE LOS ESCOGIDOS.

PROPOSICION Y DIVISION.—*¿Cuáles son las causas de que sea tan corto el número de los escogidos? Tres son las principales, que serán todo el asunto de este discurso.*

Primera parte. *La primera causa de ser tan corto el número de los escogidos, es que el cielo solamente está abierto para los inocentes ó para los penitentes; no hay mas que estos dos caminos para la salvacion; ¿por cuál de ellos caminais?*

1. *¿Sois inocente? En aquellos felices tiempos en que la Iglesia no era mas que la congregacion de santos, era cosa muy rara el hallar fieles que despues de haber sido reengendrados en el sacramento del bautismo, recayesen en el desórden de sus primeras costumbres; pero despues que el mundo se hizo cristiano, trajo consigo á la Iglesia su corrupcion y sus máximas, y casi todos nos apartamos del camino desde el seno de nuestras madres; la tierra, como dice un profeta, está inficionada con la corrupcion de*

los que la habitan. La ciudad es una Nínive pecadora. La corte el centro de todas las pasiones humanas, y hasta la misma sal de la tierra se ha puesto insípida. Pues ved aquí ya cerrado un camino de salvacion á casi todos los hombres; todos se han extraviado; en algunos puede suceder que la edad los haya hecho calmar las pasiones, que un auxilio de la gracia haya mudado su corazon; ¿pero cómo ha sido su juventud? No les queda, pues, mas que un remedio, y es la penitencia; ahora bien:

2. *¿Sois penitente? ¿Pero en dónde se hallan los penitentes? ¿Componen éstos en la Iglesia un pueblo numeroso? Terrible es en este asunto la sentencia de San Ambrosio, que dice que todavía son mas los inocentes que los penitentes. Para conocer bien lo raros que son los verdaderos penitentes, examinemos lo que es un penitente; un penitente, decia en otro tiempo Tertuliano, es un fiel que en todos los instantes de su vida está sintiendo la desgracia que tuvo en perder y haber olvidado á su Dios; que tiene continuamente presente su pecado, y que está persuadido á que solamente debe vivir para castigarse, etc. Esto es en compendio un verdadero penitente. Ahora bien, ¿dónde están entre nosotros penitentes semejantes? En los siglos de nuestros padres se veian aún algunos á las puertas de nuestros templos, que aunque menos culpados que nosotros, pasaban no obstante los años enteros en el ejercicio de los ayunos, de las maceraciones, de la oracion, y en unos ejercicios tan penosos, que hoy no querrian sufrirlos ni un solo dia aun los mas escandalosos pecadores, y así se veian algunos pecadores en aquellos felices tiempos, que mucho mas edificaba á la congregacion de los fieles el espectáculo de su penitencia, que la habian escandalizado sus caídas; pero hoy mirad á todas partes; no digo que juzgueis á*

vuestros prójimos; pero examinad cuáles son las costumbres de todos los que veis al rededor de vosotros; son pecadores y no lo negarán; vosotros no sois inocentes y tambien lo confesais; pues ahora bien, ¿son ellos penitentes? ¿lo sois vosotros? La edad, los empleos, etc., os han disgustado de las criaturas, pero no por eso amais mas á vuestro Dios; cumplís mas exactamente con vuestras obligaciones públicas y particulares, pero no sois penitentes; habeis cesado en vuestros desórdenes, pero no los habeis expiado; y si no, manifestadme en vuestras costumbres ni aun la mas leve señal de penitencia. No hay ninguna; con todo eso, nada os asusta en este tan peligroso estado. Los pecadores que nunca han sido purificados con una sincera penitencia y por consiguiente ni perdonados en la presencia de Dios, son á vuestra vista como si no fuesen, y morireis tranquilos en vuestra impenitencia. ¿Despues de esto podreis aspirar á la salvacion? ¿Pero con qué título? Si decís que sois inocentes en la presencia de Dios, vuestra conciencia dará testimonio contra vosotros mismos; y si quisierais persuadirnos que sois penitentes, no os atreveríais y os condenaríais por vuestra propia boca, y así se infiere que no sois del corto número de los escogidos.

Segunda parte. *La segunda causa de ser tan corto el número de los escogidos, es que las leyes con que se gobiernan los hombres, y las máximas que sirven de regla para la mayor parte, son máximas incompatibles para la salvacion.*

V. gr. En materia de gasto y profusion nada hay excesivo ni reprehensible segun el mundo, sino lo que puede arruinar la fortuna y alterar los negocios; y con todo eso, ¿qué cosa hay mas opuesta á las reglas de la moderacion cristiana? En el mundo es costumbre recibida que el orden del nacimiento ó los intereses de la fortuna decidan

siempre de nuestra suerte y arreglen la eleccion del siglo ú de la Iglesia. Es costumbre recibida que las señoras mujeres desde su tierna edad se instruyan en las artes de lucir y agradar. El que es de un distinguido nacimiento se ha de adelantar á fuerza de ardides, de ruindades y de gastos, y ha de tener á la fortuna por su ídolo. Si sois jóven, esa es la estacion de los deleites, etc. Esta es la doctrina del mundo. ¿Quién autoriza estas máximas tan poco cristianas? ¿Acaso el Evangelio de Jesucristo? ¿es esta por ventura la doctrina de los santos? ¿son estas las leyes de la Iglesia? No por cierto. La costumbre es quien lo autoriza; esto es lo mas que podeis respondernos, como si pudiera prevalecer la costumbre contra las reglas que nos ha dejado Jesucristo, y las que nunca podrán mudar los tiempos ni los siglos; pero no os haceis cargo de que lo que hoy llamais costumbre, eran monstruosas singularidades antes que degenerasen las costumbres de los cristianos. Que nosotros hemos de ser juzgados por el Evangelio y no por la costumbre, por el ejemplo de los santos y no por las opiniones de los hombres.

A esto respondereis que haceis lo que veis ejecutar á los demás, y yo os respondo que esa será justamente la causa de vuestra condenacion. El camino por donde va la multitud es el que guia á la muerte. No os conformeis con el siglo corrompido, os dice la Escritura. El siglo corrompido no es el corto número de justos á quienes no imitais, sino la multitud á quien seguís. Haceis lo que hacen los demás, pues tendreis la misma suerte que ellos. Y el salvarse tan pocos consiste en que casi todos los hombres siguen las costumbres del mundo. En vez, pues, de vivir seguros de nuestras obras por las que vemos hacer á los demás, debiéramos, por el contrario, decirnos á nosotros

mismos: En la Iglesia hay dos caminos, uno ancho por donde pasa casi todo el mundo y que va á parar á la muerte, y otro estrecho por donde caminan pocos y que conduce á la vida. ¿En qué camino me hallo? ¿Sigo á la multitud? Luego no voy por buen camino. Mirad si Loth se conformaba con las costumbres de Sodoma, si Abraham vivía como los de su siglo. Si Esthér en la corte de Asuero se portaba como las demás mujeres de este príncipe. Finalmente, mirad si en todos los siglos se han parecido los santos á los demás hombres.

Decís que estas son singularidades y excepciones, y no reglas que deba seguir todo el mundo. ¿Pero tenemos acaso otro Evangelio por donde gobernarnos, otras obligaciones con que cumplir, ni otras promesas que esperar, distintas de las de los santos? Si fuera cierto que para llegar al cielo había otro camino mas cómodo que el que han seguido los santos, éstos nos hubieran dejado unos ejemplos peligrosos é inútiles; ¿pero qué hombre prudente podrá pensar de este modo? No confiemos, pues, en la multitud que hace lo mismo que nosotros; lo que debemos inferir es, que los cómplices de nuestras transgresiones serán compañeros de nuestras desgracias.

Tercera parte. *La tercera causa de ser tan corto el número de los escogidos es, que las máximas y obligaciones mas universalmente ignoradas ó despreciadas, son las mas indispensables para la salvacion.*

1. Renunciásteis al mundo en el bautismo, y el mundo á quien habeis renunciado es una sociedad de pecadores, cuyos deseos, cuyos temores, cuyas esperanzas, cuyos cuidados, cuyos proyectos, cuyas alegrías y pesares se reducen solamente á los bienes y males de esta vida. Este es el mundo que debeis evitar, aborrecer é impugnar con

vuestros ejemplos; debeis alegraros de que tambien él os aborrezca y que se oponga á vuestras costumbres con las suyas. ¿Pero os hallais en estas circunstancias respecto del mundo? ¿dónde están los que de buena fe se niegan á los placeres, á las costumbres, á las máximas y á las esperanzas del mundo? Todos lo hemos prometido; ¿pero quién cumple con esta promesa?

2. Renunciásteis á la carne en vuestro bautismo; esto es, prometísteis castigarla, domarla y crucificarla. Esto no es puramente obra de perfeccion; es voto y la principal de vuestras obligaciones. ¿Y en dónde están los cristianos que en este punto son mas fieles que vosotros?

3. Renunciásteis á Satanás y á sus obras; ¿y cuáles son sus obras? Las que componen casi toda la série de vuestra vida: las pompas, los juegos, los placeres, los espectáculos, la mentira, la vanidad, las envidias y las disputas. Todo cristiano debe abstenerse de estas cosas, y si participa de ellas, quebranta los votos de su bautismo. Estas son sus mas esenciales obligaciones, y si no las observais no sois cristianos. Con todo eso, ¿quién las observa? ¿quién las conoce? ¿quién cuida de acusarse en la confesion de haber faltado á ellas?

Pues si esto es así, direis, ¿quién podrá salvarse? Pocos, amados oyentes míos; á lo menos no sereis vosotros si no mudais de vida: tampoco serán los que se parecen á vosotros: por último, no se salvará la multitud. ¿Quién podrá salvarse? Los que viven en el mundo, los que no tienen por ley á las necias costumbres del mundo, sino que corrigen las suyas por la ley de Dios: vosotros mismos os salvareis si quereis imitar su ejemplo; estos son los que se salvarán. Pero es indefectible que estas personas no componen en el mundo el mayor número. ¿Y qué debemos inferir de estas

verdades? ¿acaso que debemos desesperar de nuestra salvacion? no lo permita Dios. El fruto de este discurso debe ser, desengañarnos de este error tan universal, á saber: Que podemos hacer todo lo que vemos en los demás, y que la costumbre recibida es camino seguro: es necesario distinguirnos de la multitud, ser singulares, vivir separados en medio del mundo, y no parecerse á la multitud.



## MARTES DE LA TERCERA SEMANA.

SOBRE LA

CONFUSION DE LOS BUENOS CON LOS MALOS.

*DIVISION.—La confusion de los buenos con los malos, que tan injuriosa parece á la gloria de Dios, tiene, no obstante, sus razones y sus usos en el orden de la Providencia.—I. Los buenos, en los fines de Dios, deben servir, ó para la salvacion ó para la condenacion de los malos.—II. Sufre Dios á los malos para la instruccion ó para el mérito de los justos.*

*Primera parte. Los justos sirven para la salvacion de los malos proporcionándolos mil medios de eterna salud, como son los socorros de las instrucciones, de los ejemplos y de las oraciones, esto es, los medios mas eficaces para su conversion.*

*1. Los socorros de las instrucciones los que hacen grande efecto aun en las almas mas mundanas, porque la verdad, la autoridad y la caridad son sus caractéres propios. La verdad acompaña á las instrucciones de los justos, porque tienen la vista muy sencilla y los lábios muy inocen-*

tes para poder alabar en el pecador los deseos de su corazón; llaman con sencillez al bien bien y al mal mal, y nunca halla en ellos el vicio, ni aquellas indignas adulaciones que le admiran, ni aquellas artificiosas condescendencias que le justifican. *La autoridad*, las palabras de los justos tienen en sí cierta autoridad á la que da la virtud un peso y una fuerza que no se halla en los discursos de los hombres comunes. El pecador, por mas ensalzado que se halle, pierde con sus desórdenes el derecho para reprender á otros y sus costumbres quitan el crédito y la autoridad á sus palabras; pero el justo puede condenar en otros, con confianza, lo que ha empezado á prohibirse á sí mismo. A la verdad y á la autoridad añaden los justos en sus instrucciones los santos artificios, y las prudentes circunspecciones de una caridad sabia y prudente, que lejos de condenar sin misericordia y de corregir sin discernimiento, sabe buscar las ocasiones, proporcionar los consejos y hacerse útil sin ser molesta; tales son las instrucciones de los justos.

2. Sirven con su ejemplo para la salvacion de los malos, viviendo mezclados con ellos. Si los pecadores no tuvieran mas compañía que la de unos hombres parecidos á ellos, siempre estaria tranquila la culpa, porque su oposicion á la verdad nunca turbaria sus falsos contentos, y tendria por imposible la vida cristiana, porque no veria ejemplo alguno de ella; pero en el estado en que les ha puesto la Providencia, ven justos de su edad y de su clase, que observan la ley del Señor; solamente su ejemplo es una voz poderosa que llama al pecador, á pesar suyo, á la verdad y á la justicia, que continuamente le está hablando en lo íntimo de su corazón; nosotros le predicamos la piedad desde estos cristianos púlpitos, pero los justos se la persuaden con su ejemplo.

3. Los justos, viviendo confundidos con los pecadores, sirven tambien para su eterna salud con sus oraciones; si Dios mira aún con ojos de misericordia á la tierra, es por las oraciones é interiores gemidos de los justos; por respeto á ellos se derraman todas las gracias en la Iglesia, porque son aquella paloma que continuamente gime y que nunca gime en vano.

En segundo lugar, los justos sirven tambien para la condenacion de los malos; por mas que se nos quiera persuadir que la virtud es rara, aun hay en la tierra almas puras y fieles; vosotros, pecadores que me oís, vosotros conoceis algunas de vuestra clase y de vuestro estado á las que no podeis negar el respetable título de la virtud; unas almas de esta clase dejan sin excusa alguna á la iniquidad, porque ¿qué podeis responder en el tribunal de Dios que no se confunda con su ejemplo? Poneos en el estado que quisiéreis; cada estado tiene sus santos, que son otros tantos testigos que deponen contra vosotros.

Segunda parte. *Sufre á los malos para instruccion ó mérito de los justos.*

1. Sirven para su instruccion, porque como la negligencia, el disgusto y olvido de las gracias son los escollos mas comunes para la virtud de los justos, el ejemplo de los malos los da continuas lecciones. 1.º *De vigilancia*; si son tentados de flaqueza, están continuamente viendo en las caidas de sus prójimos los motivos que tienen para estar vigilantes; aprenden en la historia de las desgracias ajenas cuáles son los grados que conducen insensiblemente á la culpa; que los principios siempre son leves, y que no hay otra seguridad para la virtud mas que la vigilancia, porque hay muy poca distancia entre la relajacion y la caida. 2.º *De fidelidad contra la tentacion del disgusto*, porque si los

justos vivieran separados de los pecadores, acaso en aquellos momentos en que no se mantiene la virtud con gusto alguno sensible, podrán prometerse en el mundo consuelos mas suaves que los de la piedad; pero la presencia de los pecadores disipa esta ilusion; aun cuando el justo no se valiera de la fe, le bastaria abrir los ojos; busca á los que son felices en el mundo y no los halla; en todas partes ve inquietudes, á quien llaman placeres, y no ve en parte alguna la felicidad. 3.º De *agradecimiento contra la tentacion del olvido de las gracias*: los justos ven perecer en el mundo á una infinidad de pecadores menos culpados que ellos, que tienen inclinacion á la virtud, que gimen con el peso de sus cadenas y que desean su libertad; se acuerdan de que el Señor se les presentó por sí mismo para sacarlos del desórden, estando ellos como estaban manchados con monstruosos excesos, que no podian dimanar sino de un corazon extremadamente malo y corrompido, y que en vez de esperarle y llamarle, huian de su presencia: estos objetos y estas reflexiones que tienen siempre presentes, dan cada instante á conocer á los justos el inestimable precio del beneficio que mudó su corazon, y los inspiran unos pensamientos de tolerancia, de suavidad y de caridad para con los prójimos que viven en el desórden, en vez de censurarlos ó huir de ellos como de objetos peligrosos.

2. Sufre á los malos por el mérito de los justos. 1.º Con el engaño de sus ejemplos dan nuevo valor á la fidelidad de los justos, que necesita de fuerza para libertarse de ellos, porque tienen continuamente presentes estos malos ejemplos, y por otra parte, favorecen á las corrompidas inclinaciones de la naturaleza. 2.º La malicia de los pecadores proporciona tambien á la virtud de los justos mil pruebas gloriosas: cuando los oprimen, resplandece su pacien-

cia; cuando los cargan de burlas y oprobios proporcionan nuevos triunfos á su caridad; cuando los despojan de sus bienes purifican su despego, etc. De aquí se infiere que no siempre se aprovechan los justos de su fe cuando consideran la conducta de Dios con los pecadores; quisieran que la piedad fuese siempre protegida, favorecida y preferida al vicio, aun acá en la tierra, en la distribucion de las gracias y honores; pero no conocen que el ser oidos sus injustos deseos seria quitar á la sabiduría de Dios el principal medio de eterna salud que ha preparado á sus siervos en todos los siglos, y que por proporcionar un vano triunfo á la virtud, se la quitaría la ocasion y el mérito de sus verdaderas victorias. 3.º Los escándalos y desórdenes de los pecadores afligen á los justos y arrancan de su piedad gemidos de celo y de compasion, que los sirven de nuevo mérito para con el Señor; y á la verdad, el que tiene fe y celo de la gloria del Dios que ama, ¿podrá mirar con tranquilidad é indiferencia lo que pasa en el mundo, la destruccion de las máximas de Jesucristo, la deshonor de sus misterios, el desprecio de los que le sirven y el olvido de sus promesas?

